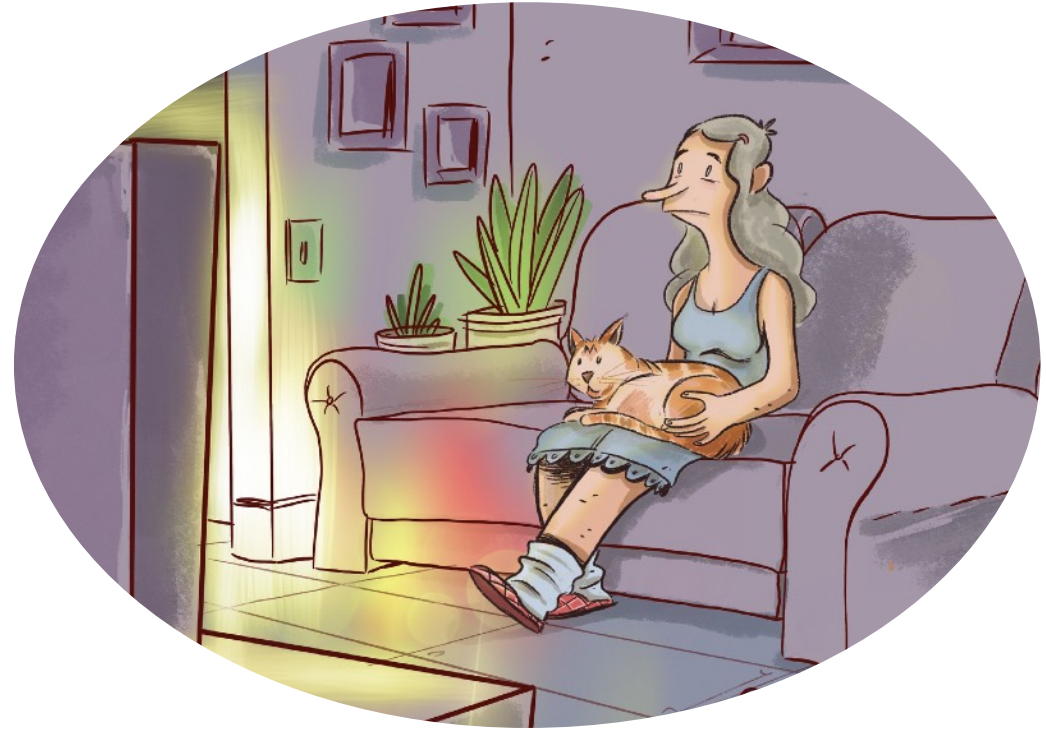


# Un tal coronavirus



**Texto:** Anna Espinach

**Ilustraciones:** David Carretero

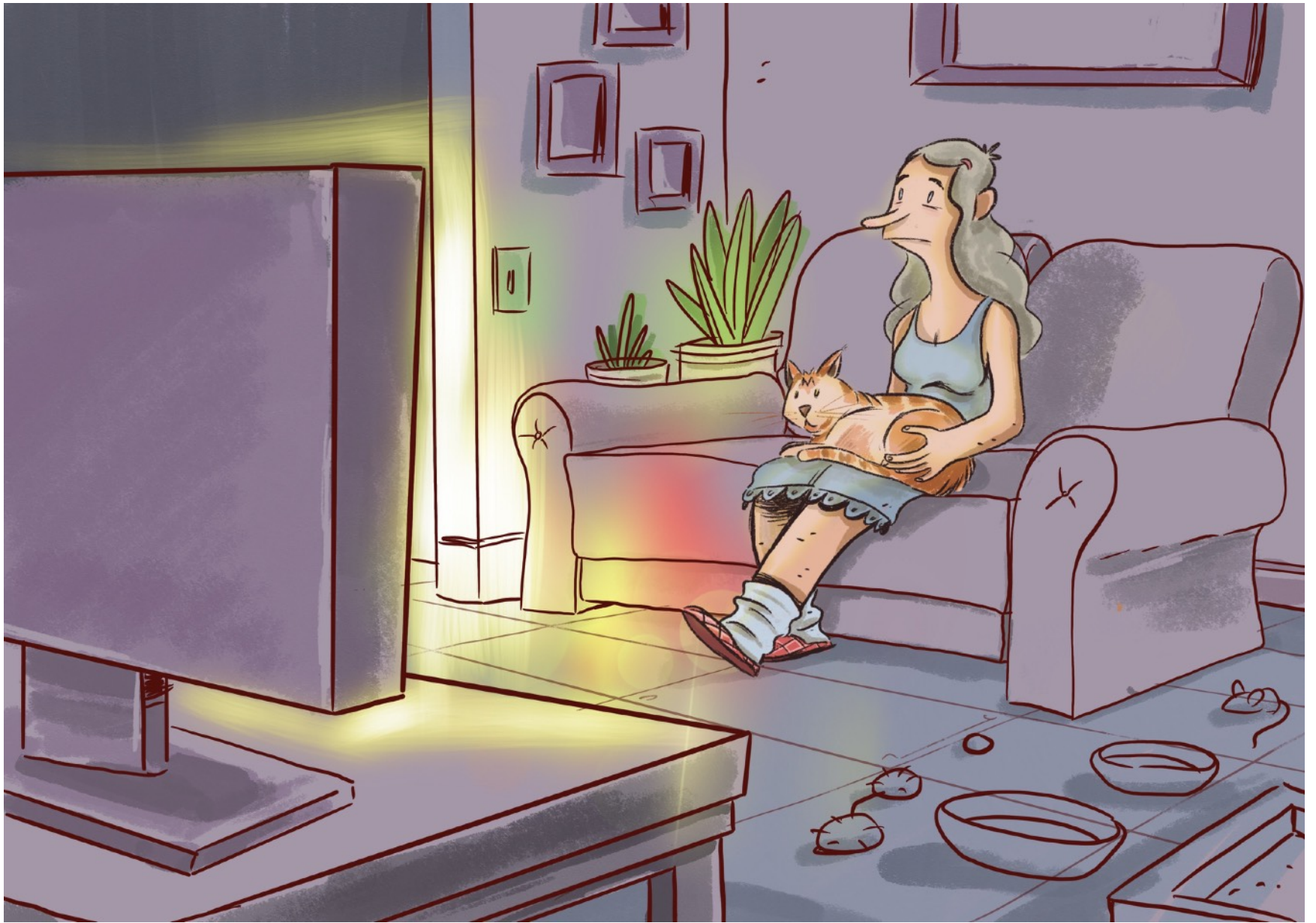
**H**ola, soy Greta y tengo dos años. Sí, ya sé que hablo muy bien para tener solo dos años, pero es que soy una gata muy aplicada y presto mucha atención cuando Margarita, mi compañera de piso, me habla -y, creedme, me habla mucho. Mi madre se llamaba Coco y era siamesa. Mi padre era un gato callejero, negro y gamberro, al que los vecinos bautizaron como Serrallonga. Yo soy una mezcla un poco rara, espabilada como mi madre y un poco parrandera como mi padre, porque me gusta escaparme por la ventana de la azotea y pasear por los tejados del vecindario. Pero no estoy aquí para hablaros de mí. Estoy aquí porque, últimamente, están pasando unas cosas muy raras, en mi pueblo y, por lo que parece, en el mundo entero.

Todo empezó hace unas semanas. Como cada tarde, salí al balcón para ver a Gil y Gina, a mis vecinos pequeños, que aquella hora regresaban de la escuela. Pero ese viernes no volvieron. Estuve en el balcón hasta que anocheció y nada. Ni rastro.

Al día siguiente, que era sábado, salí de nuevo al balcón y sí los vi, pero no estaban en el parque de enfrente como todos los sábados, estaban en el balcón de al lado -el balcón de su casa. Me llamaron, me dijeron cosas y le pidieron a su madre si podían ir a jugar conmigo un rato, pero la madre a les dijo que no. Algo también muy raro, porque siempre les dejan. A mí me gusta mucho que vengan a verme. Margarita les prepara la merienda y ellos juegan conmigo un rato, me hacen carantoñas y, a veces, me vuelven un poco loca tirando una pelotita de goma que bota y rebota... Pero esto también me gusta. Volverme un poco loca, digo. Porque soy una gata pequeña como ellos, y ellos ríen y me hacen reír a mí -pero por dentro, como nos reímos a los gatos.

El caso es que ese día Gil y Gina no vinieron. Ni ese ni ningún otro. Ahora sólo a les dejan jugar conmigo a través de la baranda del balcón, algo que no es, ni mucho menos, tan divertido como cuando vienen y me lanzan la pelotita.

Otra de las cosas raras de las que me he dado cuenta es que la Margarita no sale de casa. Ya no va a comprar, ni a la peluquería. Ni siquiera va al bingo del centro social, el domingo por la noche... ¡y es lo que más le gusta del mundo! ¡Tendríaís que verla cómo vuelve de contenta cuando le toca uno de los regalos! Sus amigas tampoco nos visitan, ni sus hijos... ¡y tiene cuatro! A veces llaman a la puerta y ella va corriendo, da las gracias a alguien que no sé quién es y cuenta hasta diez. Entonces abre y coge las bolsas de comida que hay en el rellano. ¿Es o no es misterioso? Y aún me lo pareció más cuando, a costa de observar por balcones y ventanas, me di cuenta de que no era cosa sólo de la Margarita.



En la calle casi no pasaba gente y los que pasaban iban con media cara tapada y guantes en las manos. Entonces pensé que todos los humanos de mi alrededor estaban volviendo locos. Todo parecía apuntar que sí, que era así. Y como ya os he dicho, yo soy una gata bastante lista, así que pensé que lo más indicado sería mirar las noticias. Con un poco de suerte explicarían lo que estaba pasando en el mundo. Así que las miré. Las entendí. Y no me gustaron. Nada. Hablaban todo el rato de un tal "coronavirus" que se mete por todas partes y hace enfermar a las personas. Creo que a los gatos no, pero a la gente sí. Y que por culpa de eso todo el mundo tiene que quedarse encerrado en casa. Dijeron que los perros pueden salir, pero los perros, ya se sabe... son como de otro planeta. De los gatos no dijeron nada, pero tal y como están las cosas, yo prefiero quedarme encerrada en casa con Margarita porque creo que me necesita.

Se ve que a las personas humanas no les gusta estar encerradas en casa. Si fueran un gato o un canario o un pez o un conejillo de indias estarían acostumbrados. Porque nosotros, los animales, confinados lo estamos toda la vida. Pero me parece que las personas se ponen tristes. Yo creo que lo que les entristece no es no es quedarse en casa, es no poder jugar con sus amigos ni ir al bingo ni hacer cosas de estas. Como le pasa a Margarita, que no puede besar a sus amigas ni darles abrazos a sus hijos, no puede preparar la merienda a Gil y Gina y no puede ni ir a comprar pescado y charlar un rato. Todo esto yo lo sé porque desde que está encerrada en casa me habla más que antes. Me cuenta lo que hacía y ya no puede hacer, que echa de menos a las otras personas y que tiene un poco de miedo de ponerse enferma y que se la lleven al hospital.

A veces, Margarita llora un poco, no sé por qué. Ella dice que tampoco lo sabe, pero yo creo que es porque echa de menos el mundo. Cuando llora yo le lamo las mejillas, las lágrimas, que son tan saladas, y ella me acaricia un poco y dice que ya basta.





Entonces, damos una vuelta por casa: del balcón a la habitación de invitados, que está al final del pasillo, pasamos por la cocina, salimos a la terraza de atrás y vuelta a empezar. Yo me paseo entre sus piernas y ella me dice que tenga cuidado, que mejor no caerse. Que es un mal momento para romperse algo. A veces también ponemos música porque esto, a las dos, nos gusta mucho. Si yo fuera una persona humana como ella, bailaríamos. Pero los gatos, no me preguntéis por qué, no sabemos hacer mucho más que menear la cola. Misterios de la naturaleza.

Ya llevamos un montón de días así, las dos en casa, viviendo en este mundo tan extraño controlado por un virus que ni siquiera se ve a simple vista. En casa, por suerte, no ha entrado y espero que no entre nunca, porque Margarita se pone de muy mal humor cuando se encuentra mal. En las noticias también han dicho que esto no va a durar para siempre, que un día va a acabar. Y yo, este día lo espero con ansia, que no para salir a perderme por los tejados. Quiero que llegue el día en que todo acabe para que se acabe también la tristeza de Margarita. Para que se acabe la añoranza que tiene. Para que Gil y Gina vuelvan a merendar a casa, para que las calles se vuelvan a llenar de personas humanas con la cara descubierta. Y quizás, cuando ese día llegue, Margarita me volverá a abrir la ventana de la azotea y yo saldré disparada como un cohete, y pegaré un gran salto. Y me iré a pasear toda la tarde sin sufrir porque ella me eche mucho de menos.

# Fin

# FAROS

*La guía de la salud i el  
benestar per als teus  
fills*



**Los cuentos de la abuela** es una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS ofrece en su plataforma digital (<http://faros.hsjdbcn.org/>) para fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil i difundir conocimientos de calidad y de actualidad en este ámbito.



# SJD

**Sant Joan de Déu**  
Barcelona · Hospital